

---

# TRILOGÍA

# DE UNA

# DESPEDIDA

---

©DIEGO LA HOZ



## **CARPÍN DORADO**

*De Diego La Hoz*

SOFÍA Y CAROLINA SON PAREJA. COMPARTEN UN PEQUEÑO DEPARTAMENTO CERCA AL MAR. SOFÍA DA INSTRUCCIONES MIENTRAS ORDENA UNA MALETA. CAROLINA DESCONCERTADA LA OBSERVA.

SOFÍA.- Tienes que darle de comer una vez al día. Sólo una. Durante dos minutos comerá lo que pueda. Y recuerda comprarla donde siempre. Los peces dorados sólo deben comer “alimento especial para peces dorados”. Cambia el agua una vez por semana... Al menos el veinte por ciento, drenada y limpia. Nunca eches jabón o detergente a la pecera. Los residuos son mortales. Recuerda bien eso.

CAROLINA.- Los residuos del detergente son mortales. Lo sé.

SOFÍA.- No quisiera que lo dejes...

CAROLINA.- Lo cuidaré bien. No te preocupes.

SOFÍA.- Dicen que pueden vivir diez años perfectamente. La temperatura del agua no debe bajar de catorce grados y no subir más de veintidós grados. Felizmente el clima de esta ciudad es perfecto. Debe ser por eso que los chinos se vinieron a vivir aquí.

CAROLINA.- ¿Qué?

SOFÍA.- Los chinos. Los cantoneses.

CAROLINA.- Ellos vinieron para trabajar en las islas guaneras porque los negros se morían.

SOFÍA.- Y los pobres trajeron sus peces imperiales para no sentirse solos... ¿No es linda esa historia?

CAROLINA.- No me gustan las historias tristes.

SOFÍA.- No me parece triste.

CAROLINA.- Para mí lo es.

SOFÍA.- Te vas a enamorar de él. Vas a ver.

CAROLINA.- No quiero enamorarme de nadie más. Ya no... Tampoco quiero hablar de chinos... Ni de peceras...

SOFÍA.- “Made in China”

CAROLINA.- ¿Qué?

SOFÍA.- La maleta fue hecha en China.

CAROLINA.- Basta, Sofía.

SOFÍA.- Te has fijado que la mayoría de las cosas que usamos son hechas en China. Los vasos, los juguetes, los floreros...

CAROLINA.- ¡Córtala!

SOFÍA.- Sorry. Estoy un poco hiperactiva.

CAROLINA.- Te conozco.

SOFÍA.- Debe ser el viaje.

CAROLINA.- Debe ser.

SOFÍA.- Voy a dejar mis libros.

CAROLINA.- Te los envío apenas pueda.

SOFÍA.- No. No es necesario. Sólo pásales un trapo de vez en cuando para que el polvo no acabe con ellos.

CAROLINA.- Eso significa que piensas regresar.

SOFÍA.- Eso significa que te los estoy regalando.

CAROLINA.- Son tus cosas. Como la mitad de lo que tenemos en esta casa.

SOFÍA.- Ahora son tuyas. Quiero empezar de cero.

CAROLINA.- Cinco años diluidos en una pecera. Suena tan fácil.

SOFÍA.- Cuidado con el gato de la vecina. Lo vi rondando la semana pasada por el techo.

CAROLINA.- No te preocupes. Pondré una malla metálica en la pecera. Encima. Para que nada ni nadie le haga daño.

SOFÍA.- ¿Vas a encerrarlo?

CAROLINA.- No creo que se dé cuenta.

SOFÍA.- Parece que últimamente nadie se da cuenta de nada.

CAROLINA.- Yo sólo sé que te vas.

SOFÍA.- Efectivamente. Me voy.

CAROLINA.- ¿Y algún día podré saber la razón?

SOFÍA.- Prométeme que cumplirás al pie de la letra las instrucciones que te estoy dejando.

CAROLINA.- Sofia, nadie compra un pasaje, arregla sus cosas y se va sin explicación. Mucho menos a un país como Noruega.

SOFÍA.- Quizá la razón sea esa. No saber. No pensar.

CAROLINA.- Eso es absurdo. Viniendo de ti es absurdo.

SOFÍA.- Allá tengo amigos.

CAROLINA.- No inventes. ¿Quién tiene amigos en Noruega?

SOFÍA.- Yo.

CAROLINA.- Ni siquiera aguantas el invierno de aquí.

SOFÍA.- Presente fugaz. Brisa marina. Estaré rodeada de océano, de montañas verdes y de castillos de piedra. La gente nunca preguntará nada porque no hablamos el mismo idioma. Me quedaré en un hotel pequeñito. En un cuarto con vista al paraíso. Como un cuadro del siglo quince. Detenido en el tiempo. Todo estará quieto. Muy tranquilo. No te extrañaré. Mi cama estará cubierta con un tul transparente. No pronunciaré ningún nombre. Ni siquiera el mío se escuchará. Las paredes serán tan gruesas que no dejaré escapar ninguna palabra que tenga recuerdos.

CAROLINA.- ¿Ha vuelto, verdad?

SOFÍA.- Más rabioso que antes.

CAROLINA.- ¿Qué dijo el médico?

SOFÍA.- No hay nada que hacer. Es más agresivo que una enredadera repleta de veneno.

CAROLINA.- ¿Cuánto?

SOFÍA.- Unos meses.

CAROLINA.- ¿Dolerá?

SOFÍA.- Siempre duele.

CAROLINA.- Yo seguiré sola. En el mismo lugar que construimos juntas. Te buscaré por las calles durante un tiempo. No abriré las cortinas hasta que pase el frío. Un día. No muy lejano. Volveré a respirar sola.

SOFÍA.- Sin ayuda de una máquina de oxígeno.

CAROLINA.- No digas eso. Se me pone la piel de gallina.

SOFÍA.- Lo siento.

CAROLINA.- ¿Por eso te vas?

SOFÍA.- No quiero que sufras.

CAROLINA.- Entonces quédate.

SOFÍA.- No quiero que sufras.

CAROLINA.- De cualquier forma voy a sufrir.

SOFÍA.- Entonces déjame elegir a mí.

CAROLINA.- Ya lo hiciste.

SOFÍA.- Simplemente lo hice. En silencio.

CAROLINA.- Me hubiera gustado saberlo antes.

SOFÍA.- ¿Para qué? ¿Para que me digas que no estabas de acuerdo?

CAROLINA.- Para dar mi opinión. Esa siempre fue la regla de nuestra relación. Opinar. Decir. Escuchar.

SOFÍA.- A veces es preferible no decir nada. No saber nada.

CAROLINA.- Como en este caso.

SOFÍA.- Toda regla tiene excepciones. Ya ves.

CAROLINA.- ¿Dónde está la mujer maravillosa que conocí? La que nunca faltaba a su palabra. La que defendía a capa y espada los acuerdos. Me impresionas.

SOFÍA.- Sigue aquí. Un poco débil. Cansada quizá.

CAROLINA.- ¡Muerta de miedo!

SOFÍA.- Muerta todavía no.

CAROLINA.- Perdona... Fue una expresión inadecuada.

SOFÍA.- No. Para nada. Muy adecuada. Tengo miedo. Mucho miedo. Más del que yo puedo soportar.

CAROLINA.- Perfecto. Soportemos juntas entonces. Tú estuviste conmigo en los momentos más jodidos de mi vida. Me acompañaste firme. Sin preguntar nada.

SOFÍA.- Exacto. Sin preguntar nada. ¿Por qué tiene que ser diferente ahora?

CAROLINA.- Tengo derecho.

SOFÍA.- Nosotras no tenemos derechos.

CAROLINA.- No cambies el tema.

SOFÍA.- No estoy cambiando el tema. Esa lucha interminable por conseguir nuestros derechos civiles sólo demuestra que aún no hay nada que nos ate. Y no lo habrá por mucho tiempo.

CAROLINA.- ¿Y el amor?

SOFÍA.- Cuando estás podrida por dentro no existe el amor.

CAROLINA.- No te reconozco.

SOFÍA.- Ya ves. La vida aún nos sigue sorprendiendo. No te olvides de pagar la luz. Mañana vence el recibo y en tres días te la cortan.

CAROLINA.- Suenas tan...

SOFÍA.- ¿Fría?

CAROLINA.- Fría y egoísta. Tú lo has dicho.

SOFÍA.- Fría quizá. Egoísta no. He dejado las llaves del carro en el cajón de la derecha. Haz algo con él. No lo dejes mucho tiempo apagado. Se puede malograr el motor.

CAROLINA.- Yo no sé manejar.

SOFÍA.- Véndelo. Lo puse a tu nombre.

CAROLINA.- No me hagas esto.

SOFÍA.- Usa el dinero para poner el bar que querías.

CAROLINA.- No podría.

SOFÍA.- Sólo hazlo. Por ti. Por mí. Por nosotras.

CAROLINA.- ¿Por nosotras?

SOFÍA.- Me haría feliz. ¿Prométeme que lo harás?

CAROLINA.- Prometí no buscarte. No quiero hacer más promesas.

SOFÍA.- Una más. La última.

CAROLINA.- Esta bien. Lo prometo. Pondré el bar que “tanto” soñamos. Lo disfrutaré cada noche mientras me tomo el vodka con naranja que tanto te gusta. Y conoceré muchas mujeres. Y bailaré hasta el amanecer como si nada me importara.

SOFÍA.- Puedes ponerle mi nombre. Sofía. El bar de Sofía. Como un homenaje.

CAROLINA.- Si quieres pongo tu foto enorme con un marco azul... Y una leyenda que diga: “A la mujer que amé”.

SOFÍA.- Buena idea. Así podré vigilarte.

CAROLINA.- Por dios, Sofía. Parece que no me conocieras.

SOFÍA.- Hoy es la noche de las sorpresas. Compré una torta de chocolate para celebrar.

CAROLINA.- Odio el chocolate.

SOFÍA.- Invita a los vecinos.

CAROLINA.- Estás insoportable.

SOFÍA.- Gracias. Así hago cosas más sencillas.

CAROLINA.- Te conocí una noche tan fría como esta. Tú bailabas. Yo me derretía por dentro como un helado de fresa. Algo dijiste en voz tan alta que sólo escuche un sonido acompasado con el golpe insistente de la música. Y bailé contigo toda la noche. Me imaginé que eso querías. Amanecimos juntas cantando de cansancio. Nunca estuve con una mujer, te dije. Eso no importa, dijiste. Sin dudarlo me quedé contigo. Disfruté cada espacio contigo, cada día contigo. Más de mil quinientos días. Te quiero.

SOFÍA.- Te quiero. Te quiero tanto que debo irme.

CAROLINA.- Supongo que así es el amor.

SOFÍA.- No lo sé. Nunca me enamoré antes.

CAROLINA.- Yo tampoco.

SOFÍA.- Por eso tratar de entender no tiene sentido.

CAROLINA.- Déjame acompañarte hasta el final.

SOFÍA.- ¿Para qué?

CAROLINA.- Para quedarme con tu última sonrisa.

SOFÍA.- Queda poco. Quizá menos de lo que imaginamos.

CAROLINA.- ¿Escuchas la muerte?

SOFÍA.- Estoy cansada.

CAROLINA.- ¿Qué va a pasar cuando llegué?

SOFÍA.- Me encargaré de que lo sepas. Está todo planeado.

CAROLINA.- No lo dudo. La casa está llena de papelitos de colores.

SOFÍA.- Así me encargaré de estar cerca hasta que aprendas la rutina.

CAROLINA.- Nunca lo haré para que te quedes conmigo.

SOFÍA.- Si armas el bar te prohíbo que le pongas mi nombre.

CAROLINA.- Jamás lo haría.

SOFÍA.- Me lo prometes.

CAROLINA.- Te lo prometo.



SOFÍA.- Si me quedara aquí sólo te traería problemas. No quiero morir en un país que no me pertenece.

CAROLINA.- Podemos ser la excepción de la regla. Siempre hay una primera vez.

SOFÍA.- En estas condiciones es mejor no arriesgarse.

CAROLINA.- ¿Y si otra hubiera sido la historia?

SOFÍA.- Ten por seguro que otro sería el final.

CAROLINA.- Por eso es mejor no tratar de entender.

SOFÍA.- Por eso es mejor que me vaya de una vez.

CAROLINA.- El gato de la vecina se fue. Hace días que lo busca.

SOFÍA.- ¿Te lo contó?

CAROLINA.- Esta mañana mientras lloraba en el umbral de su puerta.

SOFÍA.- Esa sí es una historia triste.

CAROLINA.- Quédate tranquila.

SOFÍA.- Oye...

CAROLINA.- ¿Qué?

SOFÍA.- ¿Se habrá ido a Noruega?

CAROLINA.- ¿Quién?

SOFÍA.- El gato.

CAROLINA.- Me contó que quería un pez dorado. Y como yo no quise regalárselo decidió partir.

SOFÍA.- ¿Qué más te dijo?

CAROLINA.- Que odiaba los juguetes que decían “Made in China”.

## TIEMPO CERO

De Diego La Hoz

UN LUGAR CON MUCHOS LIBROS VIEJOS. NATIVIDAD ES UNA NIÑA A PUNTO DE CUMPLIR DOCE AÑOS. IVÁN ES EL PADRE IMAGINARIO QUE VIENE A SALUDARLA.

NATI.- Dios te salve María... Dios te salve María... Dios te salve María... Dios te salve María...

IVÁN.- ¿Natividad?

NATI.- Dios te salve María... Dios te salve María...

IVÁN.- Nati. Pequeña. Soy yo.

NATI.- Llegaste. Por fin, llegaste.

IVÁN.- Aquí estoy.

NATI.- Gracias. Gracias. Gracias, Diosito.

IVÁN.- ¡Feliz cumpleaños!

NATI.- Estaba segura que no lo olvidarías.

NATI.- Nunca. Ocho de setiembre. Día de la Natividad de la Virgen María.

NATI.- Por eso mi nombre.

IVÁN.- El más lindo del mundo.

NATI.- A mí nunca me gustó.

IVÁN.- Eras muy pequeña para dar tu opinión.

NATI.- ¿Y ahora?

IVÁN.- Si quieres podrías cambiarlo.

NATI.- Quizá algún día. Ahora sólo quiero estar contigo.

IVÁN.- ¡Ven! ¡Vamos a bailar! Necesitamos practicar para esta noche. Un dos tres. Un dos tres.

NATI.- No me gusta bailar.

IVÁN.- Inténtalo. Será una linda sorpresa. Un dos tres. Un dos tres.

NATI.- Me mareo.

IVÁN.- Sólo mírame a los ojos. Un dos tres. Un dos tres.

NATI.- Eres muy alto.

IVÁN.- Pronto crecerás, pequeña. Un dos tres. Un dos tres.

NATI.- Ya no quiero. Ya me cansé.

IVÁN.- Sólo es cuestión de práctica. ¡Vamos! ¡Tú puedes!

NATI.- Quiero leer un libro. ¿Me lees un libro? ¡Este! Este me gusta mucho.

IVÁN.- Este libro es para grandes.

NATI.- Pero a ti te gustaba.

IVÁN.- Mejor leamos otro. Los tres chanchitos.

NATI.- Ese cuento es para niños tontos. Yo no soy tonta.

IVÁN.- Cuando crezcas podrás leer muchos libros. Los que quieras. Por ahora sólo libros para niños de tu edad.

NATI.- ¿Edad? ¿Qué es eso?

IVÁN.- El tiempo que pasa desde que naces hasta que mueres.

NATI.- ¿Algo así como los años?

IVÁN.- Exactamente.

NATI.- ¿Y yo cuántos años tengo?

IVÁN.- No lo recuerdo.

NATI.- Es mi cumpleaños y no lo recuerdas.

IVÁN.- Estoy haciendo memoria. Cuatro, cinco, seis, siete... Ocho. Creo que ocho.

NATI.- Entonces tengo ocho.

IVÁN.- Los ocho años de mi reina.

NATI.- ¿Cumplo ocho o nueve?

IVÁN.- Quizá nueve.

NATI.- Prefiero ocho.

IVÁN.- Es mucho tiempo sin vernos. Estoy perdiendo la memoria.

NATI.- Deberías venir más seguido.

IVÁN.- Eso quisiera pero ya sabes...

NATI.- ¿No te dejan?

IVÁN.- Sólo estoy perdiendo la memoria. En el lugar donde vivo no existe el tiempo.

NATI.- ¿Qué es el tiempo?

IVÁN.- ¡Un reloj!

NATI.- ¿Dónde vives no existen los relojes?

IVÁN.- Los llevas por dentro como los latidos del corazón. Y como siempre fui malo en matemáticas perdí la cuenta. Hay números que ni siquiera sabía que existían.

NATI.- Debe ser difícil vivir en ese lugar.

IVÁN.- Muy aburrido.

NATI.- Cuando aprenda a contar te ayudo. Mi profesora dice que aprendo rápido.

IVÁN.- Eso me pone feliz. Eres una niña muy inteligente.

NATI.- He salido a ti.

IVÁN.- No. Tú has salido a tu mamá.

NATI.- Mamá no me escucha. Mamá nunca me habla de ti. Cuando te fuiste sacó todas las fotos de la sala. Felizmente guardó tus libros.

IVÁN.- Felizmente tú los cuidas.

NATI.- ¿Te cuento un secreto?

IVÁN.- Cuéntame lo que quieras.

NATI.- Ya sé leer. Hace mucho que leo y me encanta.

IVÁN.- Quiero escucharte.

NATI.- Elige un libro. El que quieras. Mejor. Cierra los ojos y elige un libro.

IVÁN.- ¡Este!

NATI.- Ahora una página.

IVÁN.- ¡Esta!

NATI.- No te va a gustar.

IVÁN.- Es la suerte.

NATI.-

Si muero,  
dejad el balcón abierto.  
El niño come naranjas.  
(Desde mi balcón lo veo).  
El segador siega el trigo.  
(Desde mi balcón lo siento).  
¡Si muero,  
dejad el balcón abierto!

IVÁN.- Federico García Lorca. Poema de despedida.

NATI.- He dejado el balcón abierto todos los años.

IVÁN.- Y nunca te fallé. Aquí estoy desde hace doce años.

NATI.- ¿Doce años?

IVÁN.- Perdona. Recuerda que siempre fui malo con los números.

NATI.- Contaste muy bien, papá.

IVÁN.- Lo sé. Ya no eres una niña.

NATI.- ¿Y la promesa?

IVÁN.- La hemos cumplido. Yo fui el primero en saludarte durante estos años. Eso querías y así fue. Doce años escondido entre los libros de este cuarto.

NATI.- Yo también quisiera perder la memoria y no seguir creciendo.

IVÁN.- Ahora sólo seré un recuerdo.

NATI.- ¿Existes?

IVÁN.- En algún lugar de esta ciudad. Sólo para ti. Ahora sólo nos veremos cuando duermas. Poco a poco te irás olvidando de mí.

NATI.- Eso nunca.

IVÁN.- Así pasa cuando uno crece. Los recuerdos pueden matarte de tristeza. Ahora tú eres feliz conmigo. Mañana me habré ido.

NATI.- Entonces ¿te irás de verdad?

IVÁN.- Esa fue la promesa. Tú inventaste un padre. Yo inventé una hija.

NATI.- Mañana será mi fiesta. Te invito.

IVÁN.- Yo no estoy invitado, pequeña. Tu madre no lo soportaría.

NATI.- Es “mi” cumpleaños.

IVÁN.- ¿Qué te gustaría que te regale?

NATI.- ¡Un gato!

IVÁN.- Eso es imposible. Un gato tampoco sería bienvenido. Ya conoces la historia.

NATI.- A veces no entiendo a mamá.

IVÁN.- Los grandes hacemos cosas que a veces no entendemos. Por lo general nos arrepentimos cuando ya es demasiado tarde.

NATI.- Yo nunca me arrepentiré de haberte inventado.

IVÁN.- Sigue leyendo. No quiero que dejes de soñar.

NATI.- ¿Me cantas?

IVÁN.- Despacito para que nadie escuche. “Cumpleaños feliz. Te deseamos a ti. Cumpleaños felices. Te deseamos a ti”.

## CAÍDA LIBRE

De Diego La Hoz

ALEJANDRA REGRESA A LA CASA DE SU INFANCIA. AL PATIO DE ATRÁS DONDE JUGABA CON SU HERMANO. ESTÁ REPLETO DE ESCOMBROS. CAMILO APARECE ENTRE LAS RAMAS DE UN ÁRBOL.

ALEJANDRA.- Otra vez aquí. La casa de la infancia parece detenida en el tiempo. Este patio se ha convertido en un museo de cosas inútiles. Un revoltijo de polvo y recuerdos. Así como los años. Un cuadro viejo sin colores. Sin embargo he regresado. Estoy aquí. Llena de sensaciones encontradas. Vacía. Quiero verte, Camilo. Necesito saber si aún juegas en los rincones como antes. Si queda algo de nosotros en las paredes. Mírame de nuevo fijamente. Abre tus brazos de pájaro y dame consuelo. Dame la fuerza para tomar la decisión correcta. No me dejes hablando como una loca, Camilo.

CAMILO.- ¿Quieres verme?

ALEJANDRA.- Quiero paz.

CAMILO.- ¿Quieres jugar?

ALEJANDRA.- Quiero jugar como antes. Sin preocupaciones estúpidas. Quiero ser un papel en blanco. Sin palabras raras. Sin firmas. Un papel en donde pueda dibujar lo primero que se me venga a la cabeza. Garabatos. Líneas curvas. Círculos infinitos.

CAMILO.- La pared. Usa la pared. Nadie te va a decir nada.

ALEJANDRA.- ¿Qué?

CAMILO.- Dibújame en la pared.

ALEJANDRA.- No tengo con qué dibujarte. Mi cartera está en la entrada. Ahí debo tener algo. Espera.

CAMILO.- No te vayas. Imagina los colores.

ALEJANDRA.- Amarillo. Rojo. Azul. Verde. Siempre te imagino como un arcoiris.

CAMILO.- Como un payaso. Parezco un payaso.

ALEJANDRA.- Dijiste que te imaginara...

CAMILO.- Yo no soy un payaso.



ALEJANDRA.- Perdona.

CAMILO.- ¡Chapada! ¡La llevas tú!

ALEJANDRA.- No corras tanto. ¡Chapado!

CAMILO.- ¡Esta vez no me atrapas!

ALEJANDRA.- Me cansé. Ya no estoy para estos trotes. Antes podía jugar horas de horas contigo. Ahora parece que el cuerpo se hubiera oxidado.

CAMILO.- ¿De qué color son mis ojos?

ALEJANDRA.- Negros. Igual que los míos.

CAMILO.- Yo ya no tengo ojos.

ALEJANDRA.- Tú decidiste partir primero que todos.

CAMILO.- Ahora no se cómo regresar.

ALEJANDRA.- ¿Por qué me dejaste sola?

CAMILO.- ¡Ven! ¡Sube!

ALEJANDRA.- Ten cuidado.

CAMILO.- Soy el mejor conductor del mundo. No te preocupes. ¿Cinturón de seguridad?

ALEJANDRA.- ¡Abrochado!

CAMILO.- Motores encendidos. ¿Preparada?

ALEJANDRA.- ¡Preparada!

CAMILO.- ¿A dónde quieres ir?

ALEJANDRA.- A 1995.

CAMILO.- 2010, 2009, 2008, 2007, 2006... 1999, 1998, 1997...

ALEJANDRA.- ¡Detente!

CAMILO.- Ese año no me gusta.

ALEJANDRA.- ¿Fue un accidente?



CAMILO.- Yo intenté subir a la rama más alta para verte llegar. Casi podía tocar el cielo. Esa noche lloviznaba y todo estaba húmedo. Había un olor a tierra mojada mezclada con mar que no me lo puedo quitar de la nariz. No sé si fue un accidente o simplemente decidí dejarme caer.

ALEJANDRA.- Nadie se deja caer a los diez años, hermanito. Aunque los periódicos nos digan lo contrario todos los días.

CAMILO.- Los periódicos siempre exageran.

ALEJANDRA.- Con la muerte no se juega.

CAMILO.- ¿Para qué has venido?

ALEJANDRA.- Para jugar contigo.

CAMILO.- Con la muerte no se juega.

ALEJANDRA.- Constrúyeme una casa.

CAMILO.- ¡Buena idea! ¿Cómo te gustaría?

ALEJANDRA.- Igual a ésta.

CAMILO.- ¿Ésta ya no te gusta?

ALEJANDRA.- Ya perdió su encanto.

CAMILO.- ¡Ayúdame!

(CONSTRUYEN UNA CASA)

ALEJANDRA.- ¡Me gusta mucho!

CAMILO.- Escóndete conmigo.

ALEJANDRA.- Ahora soy una mujer pequeña.

CAMILO.- Y yo soy un hombre grande. Gigante.

ALEJANDRA.- Tengo la sonrisa entrecortada. Quiero sonreír y no puedo.

CAMILO.- En cambio yo me río. Me río tanto que me duele la barriga.

ALEJANDRA.- Hace frío, Camilo.

CAMILO.- Hace frío, Alejandra.

ALEJANDRA.- Quiero un abrazo.

CAMILO.- Quiero abrazarte.

(CAMILO BESA A ALEJANDRA)

ALEJANDRA.- Está temblando el piso.

CAMILO.- Son los temblores de esta ciudad.

ALEJANDRA.- Tengo miedo.

CAMILO.- Aquí estamos seguros. No te preocupes.

ALEJANDRA.- ¡Se cae la casa, Camilo!

CAMILO.- ¡Corre! ¡Corre!

(LA CASA DE JUGUETE SE CAE. CAMILO SE GOLPEA. ALEJANDRA INTENTA CURARLO CON HOJAS SECAS)

ALEJANDRA.- Con esto te vas a curar. La abuela siempre decía que las hojas del jardín servían para sanar las heridas. ¿Te duele?

CAMILO.- Tus manos son mágicas.

ALEJANDRA.- Son las hojas, recuerda. El poder curativo de las hojas hace milagros.

CAMILO.- Se cayó la casa.

ALEJANDRA.- Presagio. Algún día tendrá que pasar.

CAMILO.- ¿Tú no lo permitirás, verdad?

ALEJANDRA.- Ya luché bastante. Es cuestión de días.

CAMILO.- ¿Ya firmaste?

ALEJANDRA.- Sólo faltó la tuya.

CAMILO.- De mí nadie se acuerda.

ALEJANDRA.- Yo me acuerdo.

CAMILO.- Sin embargo, decidiste firmar...

ALEJANDRA.- No estabas tú para impedirlo. Juntos hubiéramos podido luchar. Sola no puedo.

CAMILO.- Entonces se acabó.

ALEJANDRA.- Igual que nuestra casa de juguete.

CAMILO.- ¿Te acuerdas de la casa del pajarito?

ALEJANDRA.- No me hagas acordar.

CAMILO.- Los pájaros no se bañan con jabón.

ALEJANDRA.- Se murió cuando usamos la secadora de la abuela.

CAMILO.- Yo creo que fue por el jabón.

ALEJANDRA.- Por aquí debe estar enterrado.

CAMILO.- ¡Aquí!

ALEJANDRA.- Ya no queda nada.

CAMILO.- Ni un poquito.

ALEJANDRA.- Shhh. ¿Escuchas?

CAMILO.- Es la abuela.

ALEJANDRA.- ¿Dónde han puesto mi secadora de pelo? Segurito ustedes la han cogido. Me tienen cansada con sus travesuras. Ahora van a ver.

CAMILO.- Subamos al árbol. Ahí no nos podrá encontrar.

ALEJANDRA.- No. No quiero.

CAMILO.- ¿Qué te pasa?

ALEJANDRA.- El árbol me da miedo.

CAMILO.- ¿Dónde voy a vivir ahora?

ALEJANDRA.- ¿Dónde viven los niños que se caen de un árbol y se parten el cuello?

CAMILO.- En el lugar donde fueron más felices.

ALEJANDRA.- Esta casa ya no nos pertenece.

CAMILO.- Egoísta. Eres una egoísta.

ALEJANDRA.- No pude hacer nada, ya te dije.

CAMILO.- ¿Y la abuela?

ALEJANDRA.- La abuela murió hace un año.

CAMILO.- ¿Y mamá?

ALEJANDRA.- ¿Qué pasa con ella?

CAMILO.- Se acuerda de mí.

ALEJANDRA.- No se acuerda de nadie. Nunca saldrá del ese hospital para locos.

CAMILO.- ¿Sabes? Un día vino papá a visitarme. Subió al árbol conmigo y me pidió perdón.

ALEJANDRA.- Yo una vez soñé con él.

CAMILO.- ¿Te dijo algo?

ALEJANDRA.- Sólo me miró y empezó a llorar.

CAMILO.- ¿Tú qué hiciste?

ALEJANDRA.- Cuando quise abrazarlo se fue.

CAMILO.- Eso fue una despedida.

ALEJANDRA.- Quizá. Es bueno despedirse.

CAMILO.- Como ahora.

ALEJANDRA.- Como ahora.

CAMILO.- ¿Me das otro beso?

ALEJANDRA.- Eso no está bien. Nunca estuvo bien.

CAMILO.- Nadie se enteró.

ALEJANDRA.- Nadie lo hubiera entendido.

CAMILO.- Ninguna regla dice que eso está mal.

ALEJANDRA.- Sentido común, hermanito.

CAMILO.- El sentido común lo inventaron para encerrarnos en nuestros propios miedos. Si tú eres la persona que más amé ¿Por qué no puedo quedarme contigo?

ALEJANDRA.- Porque no es posible. Porque vivimos realidades distintas. En una especie de sueño simultáneo.

CAMILO.- En este sueño –como tú dices- ya no somos hermanos. Jugamos con el recuerdo. Eso se distinto.

ALEJANDRA.- El recuerdo nos mantiene vivos.

CAMILO.- A ti quizá. A mí ya no.

ALEJANDRA.- Quiero entender pero no puedo.

CAMILO.- Es que todavía estás aquí. Atrapada. Repleta de miedo.

ALEJANDRA.- Me voy. Ya es tarde.

CAMILO.- ¿A qué viniste?

ALEJANDRA.- A contarte que está casa desaparece. Que las paredes y las ventanas se convertirán en polvo en pocos días. Que debes irte a otro lugar.

CAMILO.- No viniste a eso, Alejandra.

ALEJANDRA.- No me confundas.

CAMILO.- Sé honesta contigo misma. Sé honesta conmigo.

ALEJANDRA.- Nunca te he mentado. He guardado nuestros secretos hasta el punto de negarlos.

CAMILO.- Es verdad. Nunca me has mentado. No podrías. Por eso sé que quieres venir conmigo. Para siempre.

ALEJANDRA.- Quiero paz.

CAMILO.- ¿Me ves inquieto? ¿Me ves angustiado?

ALEJANDRA.- Te veo feliz.

CAMILO.- Entonces ven. Sube al árbol y déjate caer en mis brazos. Imagínate que soy como un colchón de hojas secas. Cae sobre mí. Yo te espero.

ALEJANDRA.- ¿Estás seguro que me sostendrás?

CAMILO.- Totalmente. Confía en mí.

ALEJANDRA.- ¿Cómo sabías que venía a buscarte?

CAMILO.- Porque ya no juegas como antes.